

ALBERTO DE MINGO KAMINOUCI

EL CREDO
DE NICEA
Explicado con sencillez

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Cubierta e interior: imágenes digitales a partir de *Universal War* (1916)
de Olga Rozanova

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2024
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2233-2
Depósito legal: S. 379-2024
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
CREO	
1. Creer es cosa de personas	19
2. Dios se revela, el hombre cree	25
3. Fe y oración	31
4. Creemos en comunidad	37
5. La fe busca comprender	41
PADRE	
6. Un solo Dios	49
7. Padre todopoderoso	57
8. Creador del cielo y la tierra	67
HIJO	
9. Jesús: Cristo, Hijo de Dios y Señor	79
10. El camino hacia Nicea: el crucial siglo II	87
11. Nicea, año 325	99
12. Después de Nicea: los capadocios	109
13. ¿Qué pensaba Jesús sobre sí mismo?	117
14. Por nuestra salvación	125
15. Nacido de María Virgen	129
16. Bajo Poncio Pilato	137
ESPÍRITU	
17. El Espíritu Santo en la Biblia	145
18. ¿El Espíritu Santo es Dios?	151
19. «Filioque»	155
20. Creo en la Iglesia	161
21. Una, santa, católica y apostólica	169
22. Un bautismo para el perdón de los pecados	177
23. La resurrección de los muertos	183
<i>Amén</i>	189

INTRODUCCIÓN

Cuando a los cristianos nos preguntan acerca de Dios, lo más sencillo que podemos responder se resume en que es Padre, Hijo y Espíritu. Decir menos sería faltar a la verdad que hemos recibido. Dios es uno, pero también plural. La comunión en la diversidad pertenece a su esencia y obviarla implicaría optar por un Dios que no es el que nos ha sido revelado en Jesús de Nazaret.

Quizás no fuesen plenamente conscientes al inicio, pero la fe en Dios de los hombres y mujeres –todos ellos judíos– que habían creído en la resurrección del Crucificado no era ya la misma que la profesada por el Antiguo Testamento. El Dios que adoraban era ahora inseparable de su experiencia de Jesús e incluía esa otra presencia a la que empezaron a llamar «Espíritu». La palabra «Trinidad» no aparece ni una sola vez en el Nuevo Testamento, pero en sus textos encontramos referencias inequívocas a ella. En el evangelio de Mateo, por ejemplo, el Resucitado pronuncia una despedida en la que dice a sus seguidores: «Id y haced discípulos a todos los pueblos bautizándolos *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt 28, 19)¹. Al final de la segunda Carta a los corintios, Pablo escribe: «Que la gracia de *nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo* esté con todos vosotros» (2 Cor 13, 14).

1. Las citas bíblicas, si no se dice lo contrario, son siempre traducciones mías. Para el Nuevo Testamento, de E. Nestlé et al. (eds.), *Novum Testamentum Graece*, Stuttgart ²⁸2022. Para el Antiguo Testamento, de K. Elliger et al. (eds.), *Biblia Hebraica Stuttgartensia*, Stuttgart ⁵2014. Para la Septuaginta, de A. Rahlfs, *Septuaginta. Id est Vetus Testamentum graece iuxta LXX interpretes. Editio altera quam recognovit et emendavit Robert Hanhart*, Stuttgart 2006.

Por otro lado, en el Nuevo Testamento encontramos fórmulas diseñadas para ser memorizadas, cuyo objeto es transmitir verdades de fe imprescindibles. Por ejemplo, en la primera Carta a los corintios, Pablo escribe: «Porque os transmití en primer lugar lo que también yo recibí: *Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; y que fue sepultado y fue resucitado al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y después a los Doce*» (1 Cor 15, 3-5). Aquí el Apóstol está citando una fórmula que los cristianos debían conocer de memoria y que resume brevemente un relato sin cuya verdad la fe cristiana sería, en sus propias palabras, «vana» (1 Cor 15, 14). Si bien la fe es más que la creencia en una doctrina, no puede subsistir si se abandonan ciertas verdades fundamentales.

Así pues, en el Nuevo Testamento existen, por un lado, *fe en la Trinidad* y, por otro, *fórmulas doctrinales*, pero no hallamos en él una *fórmula doctrinal de fe en la Trinidad*. Los textos del Nuevo Testamento se compusieron a lo largo de la segunda mitad del siglo I. La redacción de una regla de fe trinitaria será la tarea de los cristianos de la siguiente era. A lo largo del siglo II, en distintas comunidades repartidas a lo ancho del Imperio romano, se fueron componiendo textos que sintetizaban lo esencial de la fe en el Dios trino. Los historiadores aseguran que a finales de aquel siglo, en distintas iglesias locales, ya se utilizaban fórmulas que pueden ser identificadas como las primeras y más antiguas formas del Credo². Estas se usaban fundamentalmente para la instrucción de los candidatos al bautismo, con el fin de delinear el perfil de Aquel a quien iban a entregar su confianza, a veces con riesgo de sus vidas. Todavía hoy, en la celebración del bautismo, tiene lugar este diálogo, no muy distinto de aquellos que se hubieran podido escuchar hace más de 1800 años:

2. F. L. Cross - E. A. Livingstone (eds.), *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, New York ²1974, 997.

Celebrante: ¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?

Todos: Sí, creo.

Celebrante: ¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de Santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

Todos: Sí, creo.

Celebrante: ¿Creéis en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna?

Todos: Sí, creo³.

El Credo de los Apóstoles, conocido también como el Símbolo de los Apóstoles, es una versión declarativa de este credo dialogado. Recibe este nombre porque, según una leyenda del siglo IV, fue redactado por los propios apóstoles. No obstante, los estudios históricos han demostrado que este hecho no es verdad, aunque sí es cierto que una fórmula con cierta similitud se enseñaba y se proclamaba en las iglesias alrededor del año 200, y se hacía tanto en lengua latina como en lengua griega.

El Credo niceno, por su parte, fue una reelaboración de esos credos primitivos que llevó a cabo el concilio de Nicea. Dicho concilio, celebrado en el año 325, fue el primero de los sínodos universales de la Iglesia. Los obispos allí reunidos añadieron nuevas cláusulas al Credo, necesarias para poner freno a ideas que juzgaban contrarias a la verdadera fe. El texto aprobado por Nicea sufrió nuevas modificaciones en el siguiente concilio ecuménico, el de Constantinopla, celebrado en el año 381. Por ese motivo, aunque comúnmente se conoce a este credo como Credo niceno, puede llamarse también, y con más precisión, Credo niceno-constantinopolitano.

3. *Ritual del Bautismo de Niños*, Madrid 2010, 46-47.

El Credo niceno es una síntesis comprimida de doctrina cristiana. Como una sopa instantánea, sus artículos deben ser rehidratados por nuestra reflexión para reconstituir las experiencias de fe de las que proceden. El propósito de este libro es facilitar ese proceso. Para ello, me propongo comentar de manera sencilla cada frase del Credo niceno, sin olvidar la otra versión, el apostólico. En las iglesias católicas, en las eucaristías de los domingos y fiestas, se recita el Credo en una de estas dos versiones. Tras la proclamación de la Palabra de Dios y su comentario homilético, la asamblea en pie confiesa su fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu. Porque el Credo, además de doctrina, es igualmente oración, pues confesar a Dios es a la vez una forma de alabarle; es decirle al Señor: esto es lo que entiendo de lo que Tú eres y me maravilla que seas así. De igual modo, fuera de la liturgia meditar el Credo puede llevarnos no solo a enriquecer nuestra cultura religiosa, sino también a la contemplación y la alabanza.

Una famosa frase del filósofo Immanuel Kant (1724-1804) suele citarse a propósito de la Trinidad: «De la doctrina de la Trinidad, tomada al pie de la letra, no se puede sacar nada en absoluto a efectos prácticos»⁴. A pesar del respeto que nos merece el gran sabio de la Ilustración, pensamos que no da igual para la vida práctica creer en la unidad trina de Dios. Ciertamente el Credo no contiene soluciones a los problemas de nuestro tiempo, ni siquiera nos anima a trabajar duro para resolverlos. Nos invita más bien a hacer una pausa y a elevar nuestros ojos al Señor. «La fe es comprometerse» era un eslogan que se repetía en otros tiempos, no muy lejanos. Sigo creyendo que una fe que no se traduzca en compromiso y vida no es cristiana, pero fe es también descansar, reconectar y dejarnos impulsar por Dios, que no es un ser solitario, sino un Misterio en el que entrevemos tres personas en comunión.

4. I. Kant, *Der Streit der Fakultäten*, Akademieausgabe, VII, 38. Consultado en korpora.org/Kant (1-10-2024); traducción mía.

El Credo, en cualquiera de sus versiones, tiene una clara estructura tripartita, según las tres personas de la Trinidad. Este comentario, sin embargo, tiene cuatro partes. La primera está dedicada a explicar qué queremos decir cuando decimos «Creo». Las otras tres comentan respectivamente cada una de las tres secciones de esta oración, su profesión de fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu.

LAS DOS VERSIONES DEL CREDO

CREDO APOSTÓLICO

Creo en Dios,
Padre todopoderoso,
Creador del cielo
y de la tierra.

Creo en Jesucristo,
su único Hijo,
nuestro Señor,

que fue concebido
por obra y gracia
del Espíritu Santo,
nació de santa María
Virgen,

padeció bajo el poder de
Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y
sepultado,
descendió a los infiernos,

CREDO NICENO

Creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso,
Creador del cielo
y de la tierra,
de todo lo visible
y lo invisible.

Creo en un solo Señor,
Jesucristo,
Hijo único de Dios,

nacido del Padre antes de todos
los siglos:

Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero
de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza
del Padre,
por quien todo fue hecho;

que, por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación bajó
del cielo,

y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María,
la Virgen,
y se hizo hombre;

y por nuestra causa
fue crucificado
en tiempos
de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,

al tercer día resucitó
de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado
a la derecha de Dios,
Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir
a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,

la santa Iglesia
católica,
la comunión de los santos,

el perdón de los pecados,

la resurrección de la carne
y la vida eterna.

Amén.

y resucitó al tercer día,
según las Escrituras,
y subió al cielo,

y está sentado
a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar
a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,

Señor y dador de vida,
que procede del Padre
y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración
y gloria,
y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia,
que es una, santa, católica y
apostólica.

Confieso que hay
un solo bautismo
para el perdón
de los pecados.

Espero la resurrección
de los muertos
y la vida del mundo futuro.

Amén.

Textos tomados del *Misal Romano. Texto unificado en lengua española del Ordinario de la Misa*, Madrid 2017, 444 y 446.